» En el mismo momento, y mientras esto sucedía, volvió mi mujer del cuarto de su madre, pasando precisamente por el punto donde estaba aquella señora, sin fijarse al parecer en ella. En seguida dije con vivo sentimiento de sorpresa : — ¿Quién es esa señora á cuyo lado acabas de pasar? — ¡Pero si no he encontrado á nadie! — ¡Cómo! repliqué, ¿no acabas de ver ahora mismo una señora que acaba de pasar por ahí, por donde mismo estás tú, que sin duda sale de casa de tu madre y que ahora debe encontrarse en el vestíbulo?

—Imposible, contestó mi esposa; en casa no hay más mujeres que mi madre y yo en este momento.

» En efecto, ninguna extraña había venido y por más que buscamos inmediatamente, no encontramos á nadie.

» Entonces eran las ocho menos diez. Al día siguiente por la mañana nos anunciaba un telegrama la muerte repentina de mi madre á la misma hora, por efecto de una enfermedad del corazón. Al ocurrir su muerte, se hallaba en la calle, vestida exactamente como la desconocida que acababa de pasar delante de mí. »

Tal es el relato del observador. La comprobación efectuada por la sociedad de las investigaciones psíquicas ha demostrado su absoluta autenticidad y la concordancia de los testimonios. Este es un

hecho tan positivo como una observación meteorológica, astronómica, física ó química. ¿Cómo explicarlo? Una coincidencia, se dirá; pero ¿puede quedar satisfecha con tal contestación una crítica realmente científica?

Otro caso más :

Federico Wingfield, habitante de Belle-Isle en Terre (Francia, depart. de las Costas del Norte) escribe que habiéndose acostado el 25 de Marzo de 1880 bastante tarde, después de haber leído parte de la velada, soñó que su hermano, que vivía en el condado inglés de Essex, se encontraba junto á él; pero que en vez de contestar á una pregunta que le hizo, sacudió la cabeza, se levantó de su silla y se marchó. La impresión había sido tan viva que el narrador se lanzó medio dormido fuera de la cama, despertándose cuando ponía los pies en el suelo y llamando á su hermano. Tres días después, recibía la noticia de que éste acababa de morir de resultas de una caída de caballo, el mismo 25 de Marzo de 1880 á las 8 y media de la noche, pocas horas antes del sueño que acaba de ser referido.

Una información demostró que la fecha de esa muerte era exacta y que el autor del relato había escrito su sueño en una agenda al ocurrir el suceso y no después.

Un caso aún :

« S... y L.. , empleados ambos en una administración, estaban desde hacía ocho años en íntimas relaciones de amistad. El lúnes 19 de Marzo de 1883, al ir L... á su oficina, se sintió indigesto y entró en casa de un boticario, que le dió una medicina. El jueves siguiente continuaba malo y el sábado no había vuelto aún á su trabajo.

» El sábado 24 por la noche, S... se encontraba en su casa con dolor de cabeza; quejóse á su mujer de tener demasiado calor, cosa que no le había pasado en dos meses, y se acostó. Un minuto después vió delante de sí á L..., en pie, vestido como de costumbre. S... se fijó en varios detalles : el sombrero de su amigo ostentaba un crespón negro, su gabán estaba abierto, y en la mano llevaba un bastón. L... miró fijamente á S.., y siguió andando.

» Entonces S... recordó aquella frase del libro de Job :

« Un espíritu pasó delante de mi rostro y mis carnes se erizaron. » En este momento sintió en todo el cuerpo un escalofrío y el cabello se le puso de punta. Preguntó á su mujer qué hora era, y ella contestó : « Las nueve menos doce. » Él agregó : « Si te lo pregunto es porque L... ha muerto; acabo de verlo. » Su esposa procuró tranquilizarlo, asegurándole que veía visiones; pero él persistió en su dicho y sostuvo del modo más formal que

ningún razonamiento podría hacerle mudar de parecer. »

Tal es el relato de S..., que no tuvo noticia de la muerte de su amigo L... hasta el día siguiente á las tres de la tarde.

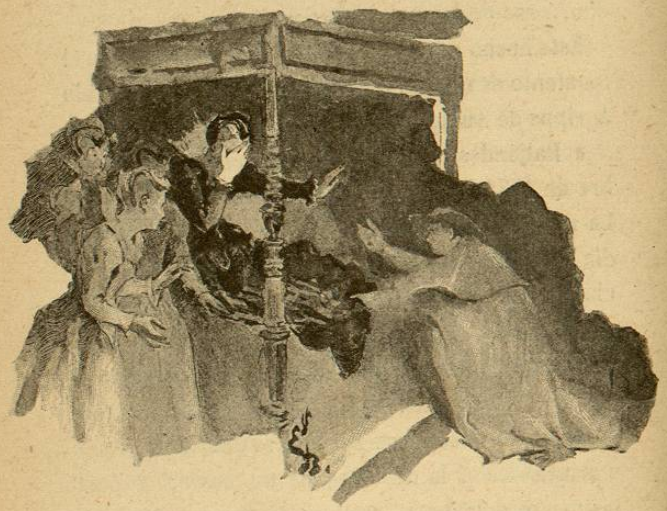
En efecto, L... había muerto el sábado por la noche, á eso de las nueve menos diez minutos.

Este hecho se parece mucho al que ocurrió en el momento de morir el cardenal de Lorena. Refiérelo Agrippa de Aubigné :

« Hallándose el rey en Aviñón, el 23 de Diciembre de 1574, murió allí Carlos, cardenal de Lorena. La reina (Catalina de Médicis) quiso acostarse ese día más temprano que de costumbre; hacíanle sociedad varias personas notables, como el rey de Navarra, el arzobispo de Lyón, las señoras de Retz, de Lignerolles, de Saunes y otras, dos de las cuales han confirmado este relato. Cuando Catalina se apresuraba á dar las buenas noches, se detuvo de pronto y arrojándose á la cabecera de su cama, se puso las manos delante del rostro y lanzó un agudo grito pidiendo socorro y llamando á todos para que viesen al pie de la cama al cardenal de Lorena que le tendía la mano. La reina exclamó varias veces : « Señor Cardenal, no tengo nada que ver con V. » El rey de Navarra mandó al mismo tiempo á casa del cardenal uno de sus gentiles hombres, que vol-

vió al poco rato para anunciar la muerte del prelado. »

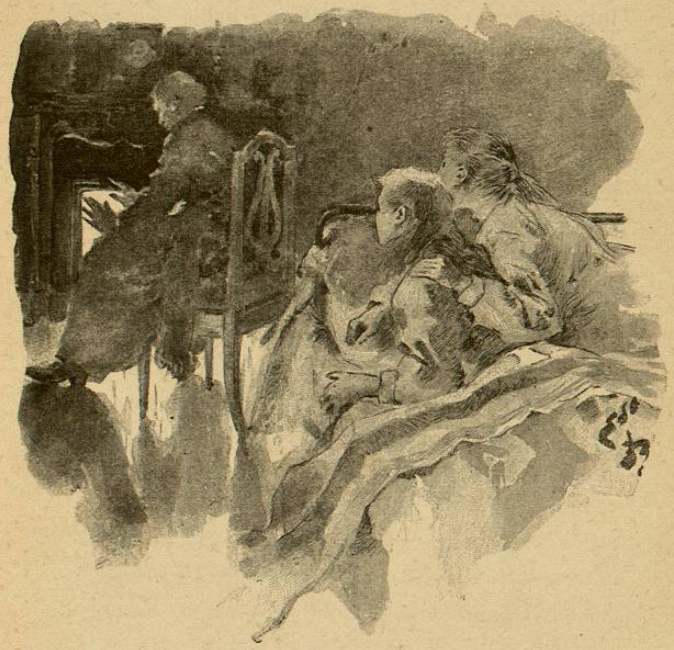
En su libro sobre « la humanidad póstuma », que vió la luz en 1882, Adolfo de Assier responde del hecho siguiente, que una señora de Saint-



Gaudens le habia contado, como sucedido á ella misma.

« Era yo todavia soltera, me dijo, y dormia con mi hermana mayor. Una noche acabábamos de acostarnos y de apagar la luz, dejando el cuarto alumbrado sólo por los últimos resplandores de la

chimenea, cuando al volver la vista hacia ésta vi con gran sorpresa que junto á ella estaba sentado un cura, en actitud de calentarse las manos. Su



estatura, su aspecto general y sus facciones eran los de uno de nuestros tíos, arcipreste que vivía en las inmediaciones. Llamé á mi hermana, díjele lo que ocurría, y ella vió lo mismo que yo, reconociendo

también á nuestro tío. Entonces se apoderó de nosotras indecible espanto y gritamos cuanto pudimos pidiendo socorro. Mi padre, que dormía en un cuarto inmediato acudió inmediatamente con una vela en la mano. El fantasma había desaparecido y ya no veíamos á nadie en la alcoba. Al día siguiente supimos por una carta que nuestro tío el arcipreste había muerto en la misma noche. »

Otro hecho más, contado igualmente por el mismo discípulo de Augusto Comte y anotado en sus libros durante una estancia en Río Janeiro.

« Era en 1858; aún se hablaba en la colonia francesa de la capital brasileña, de una aparición singular ocurrida años antes. Una familia alsaciana compuesta del marido, de la mujer y de una niña de muy escasa edad todavía, hacían vela para ir á reunirse con otros compatriotas suyos allí establecidos. La travesía fué larga, la mujer enfermó y, fuera por falta de cuidados ó por mala alimentación, sucumbió antes de llegar. El día de su muerte tuvo un síncope que le duró largo rato y cuando recobró el sentido, dijo á su esposo que estaba junto á ella : « Muero contenta, pues estoy tranquila respecto del porvenir de nuestra niña. Vengo de Río Janeiro, donde he encontrado la calle y la casa de nuestro amigo Fritz, el carpintero. Estaba en el umbral de la puerta y le presenté la

chica; estoy segura de que la conocerá cuando lleguéis y que será bueno para ella. El marido oyó con sorpresa este relato, sin darle importancia. El mismo día y á la misma hora, Fritz el carpintero, el alsaciano de que acabo de hablar, se encontraba en el umbral de su puerta en Río Janeiro, cuando le pareció ver pasar por la calle á una de sus compatriotas con una niña en los brazos. La transeunte lo miraba con aire de súplica, y parecía presentarle la criatura. Su cara le recordó, á pesar de lo flaca que estaba, la de Latta, mujer de su amigo y compatriota Schmidt. La expresión de la mujer, lo extraño de su modo de andar, que más parecía de una visión que de un ser vivo, impresionaron mucho á Fritz. Queriendo cerciorarse de que no era víctima de una ilusión, llamó á uno de sus obreros que trabajaba en la tienda, y que era no sólo alsaciano como él, sino del mismo pueblo.

— Mira, le dijo, ¿no ves una mujer que pasa por la calle con una niña en brazos? ¿No se diría que es Latta, la mujer de nuestro paisano Schmidt?

— No sé, contestó el otro; no la distingo bien.

Fritz no habló más del asunto; pero las diversas circunstancias de esta aparición real ó imaginaria se grabaron vivamente en su espíritu, sobre todo, el día y la hora. Poco después vió llegar á su paisano Schmidt con una niña en brazos. Entonces re-

cordó la visita de Latta, y antes de que su amigo abriese la boca, le dijo :

— Pobre amigo mio; sé todo. Tu mujer ha muerto durante la travesía, y antes de morir vino á presentarme su hijita para que yo cuide de ella. Hé aquí el dia y la hora. »

Estos eran, en efecto, los apuntados por Schmidt á bordo del barco.

En el libro que Gougenot des Mousseaux publicó en 1864 sobre los altos fenómenos de la Magia, se relata el hecho siguiente, que dicho autor presenta como absolutamente auténtico.

Sir Roberto Bruce, de la ilustre familia escocesa de este nombre, era segundo de un barco; un dia en que navegaban cerca de Terranova, púsose á hacer unos cálculos, y le pareció ver á su capitán en la mesa principal; pero al fijarse, notó que era una persona desconocida cuya mirada inmóvil le extrañó. Sube á cubierta y ve al capitán; éste nota su asombro y le pregunta qué ocurre.

— ¿Quién está sentado en su mesa? dice Bruce.

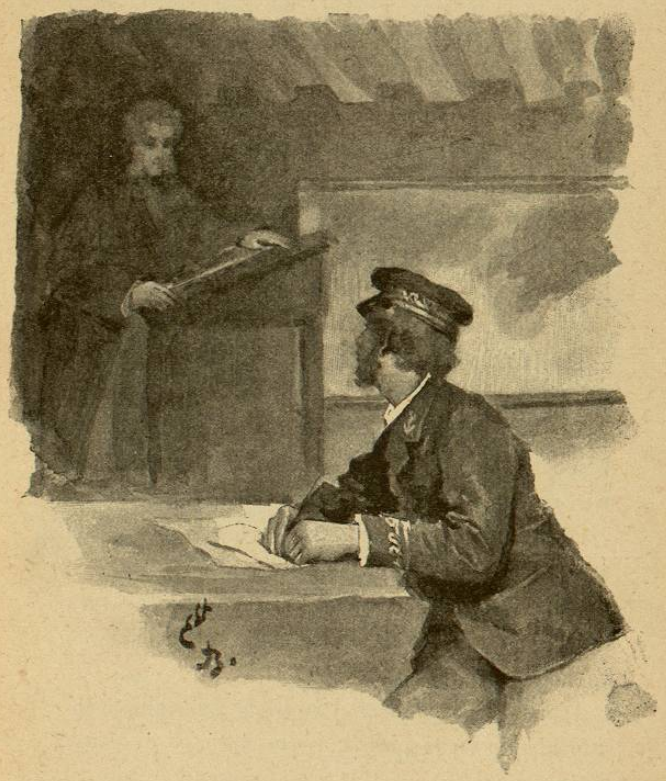
— Nadie.

— ¿Cómo nadie? Hay una persona cuya cara no conozco... ¿Y cómo puede ser?

— Vd. sueña... ó bromea.

— No señor; tenga V. la bondad de bajar á su cámara y lo verá. »

Bajan; pero no encuentran á nadie. Registran to-



do el barco, sin descubrir ningún rostro desconocido.

— Sin embargo, añade Bruce, el que yo vi escribía en su pizarra.

Cogen la pizarra y leen estas palabras : « Steer to the north-west », es decir : « Gobernad al noroeste. »

— Pero esta letra es de V. ó de alguien de á bordo.

— No señor. »

Todo el mundo escribe la misma frase; pero la letra de la pizarra no se parece á la de ninguno de los marinos.

— Pues bien, dijo al fin el capitán; obedezcamos al sentido de esta frase; el viento es bueno y lo permite : gobiérnese al noroeste. »

Tres horas después señalaba el vigía una montaña de hielo y veía junto á ella un buque de Quebec, desarbolado y cubierto de gente, que se dirigía á Liverpool. Las chalupas de Bruce recogieron á los náufragos.

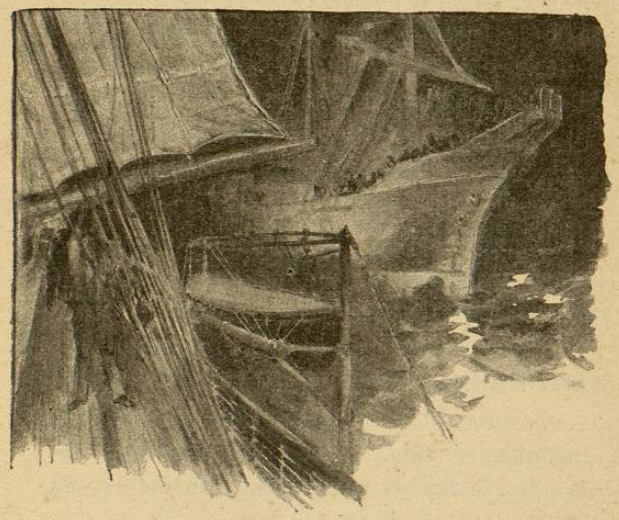
En el momento en que uno de éstos subia al barco salvador, Bruce se estremeció y retrocedió, vivamente conmovido.

Acababa de reconocer al forastero que había visto escribiendo en la pizarra, y lo contó así á su capitán.

— Haga V. el favor de escribir : « Steer to the north-west » en esta pizarra, dijo el capitán al recién llegado, presentándole la cara donde no había nada.

El náufrago hizo lo que le pedían.

— ¿Esta es su letra de costumbre?, preguntó el marino, sorprendido por lo análogo de la forma.



— ¡Ya lo creo! ¿No me ha visto V. escribir?

El capitán entonces volvió la pizarra, y el forastero quedó atónito al conocer su letra.

— ¿Ha soñado V. que escribía en esta pizarra?, preguntó á su pasajero el comandante del buque náufrago.

— No conservo recuerdo ninguno de ello.

— ¿Qué hacía á las doce de la mañana este pasajero? preguntó á su colega el capitán salvador.

— Durmióse profundamente, declarando que estaba muy cansado, y si mal no recuerdo, fué poco antes de las doce. Una hora después apenas, se despertó y me dijo : « Capitán, hoy mismo seremos socorridos. He soñado que estaba á bordo de un barco y que venía en ayuda nuestra. » Después me describió el barco y su arboladura y mi sospresa fué grande al divisarlos á Vds. y ver que la pintura era exacta.

Finalmente, el pasajero dijo á su vez : « Lo más raro es que cuanto veo me parece conocido, y que sin embargo, no he estado aquí nunca. »

El barón Dupotet refiere por otra parte, en su curso de « Magnetismo animal », el hecho siguiente, que hizo público en 1814 el célebre Iung Stilling, quien lo había oído de labios del mismo observador, barón de Sulza, chambelán del rey de Suecia.

Una noche de verano volvía á su casa á las doce, hora que en dicha estación del año es bastante clara en Suecia para permitir la lectura de la más pequeña letra de imprenta, cuando « al llegar, dice, vi á mi padre, que salía á mi encuentro hasta la entrada del parque. Estaba vestido como de costumbre y llevaba en la mano un bastón esculpido por mi hermano. Saludélo y hablamos juntos largo rato, llegando así hasta la casa y la entrada de su dormitorio. Al penetrar en éste, vi á mi padre metido en la cama y, en el mismo momento, se desvaneció la visión. Poco después se despertó mi padre y me miró como si hubiese querido interrogarme. « Mi querido Edmundo, me dijo ; que Dios sea loado por traerte aquí sano y salvo, pues he tenido un sueño muy penoso por causa tuya ; me pareció que habías caído al agua y que estabas en peligro de muerte. » Pues bién, añadió el barón, ese día había ido yo á pescar cangrejos en el río con uno de mis amigos, y estuve á punto de ser llevado por la corriente. Entonces referí á mi padre que había visto su imagen á la entrada de la finca, y que habíamos hablado largo rato. Él me contestó que con frecuencia ocurrían cosas análogas. »

En estos diversos relatos hay apariciones espontáneas y apariciones provocadas, digámoslo así, por el deseo ó la voluntad. ¿Puede ir hasta ese punto la sugestión mental? Los autores del libro *Phantasms of the Living*, del cual hemos hablado antes, contestan afirmativamente con siete ejemplos bien comprobados; citaré uno más para edificación de mis lectores. Hélo aquí :

« El Rev. C. Godfrey, habitante de Eastbourne,

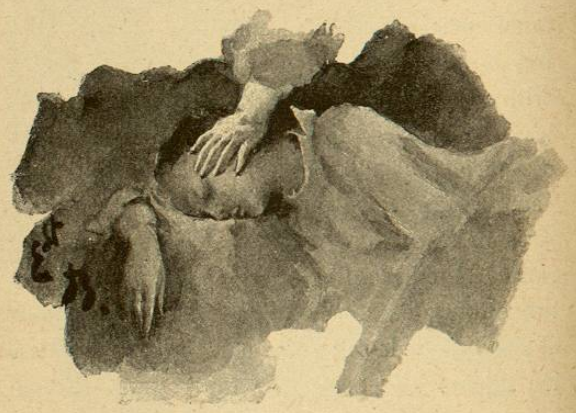
en el cantón de Sussex, había leído un relato de aparición premeditada, y esto lo impresionó tanto,

que resolvió comprobarlo, haciendo á su vez un ensayo. El 15 de noviembre de 1886, á

eso de las once de la noche, dirigió toda la fuerza de imaginación y de voluntad de que era capaz sobre la idea de aparecerse á una señora amiga suya, manteniéndose en pie junto á su cama. El esfuerzo duró unos ocho minutos, depués de lo cual Godfrey se sintió cansado y se durmió. Al día siguiente, la señora que había sido objeto de la experiencia fué espontáneamente á referir á Godfrey lo que había visto. Invitada á anotar por escrito este recuerdo, lo hizo en los términos siguientes : « La noche última me desperté sobresaltada, creyendo que alguien había entrado en mi cuarto. También oí ruido, pero supuse que serían los pájaros en la pajarera situada junto á la parte exterior de la ventana. Después sentí como una inquietud y un vago deseo de salir del cuarto y de pasar al piso bajo de la casa. Este sentimiento llegó á ser tan intenso, que acabé por levantarme; encendí una bujía, y bajé con intento de tomar algo para calmarme. Al volver á mi cuarto, vi á Godfrey, en pie, debajo de la ventana que da luz á la escalera. Estaba vestido como de costumbre y tenía la expresión que he notado en él cuando mira atentamente algo. Permanecía inmóvil, mientras yo, con la luz levantada, lo miraba en extremo sorprendida. Esto duró tres ó cuatro segundos, pasados los cuales seguí subiendo : Godfrey desapareció Yo no

tenía miedo, pero mi agitación era grande y no pude volverme á dormir. »

Godfrey pensó con mucho tino que su experimento adquiriría más importancia en el caso de repetirse. La segunda tentativa fracasó, pero la tercera salió bien. Ya se supondrá que la persona sobre



quien operaba no tenía más noticias de su intento que la primera vez. « Anoche, martes 7 de diciembre, escribía, me acosté á las diez y media, no tardando en dormirme. Mas, de pronto, oí una voz que exclamaba : « Despiértese V. », y sentí una mano que caía sobre la parte izquierda de mi cabeza. (Esta vez, la intención de Godfrey había sido hacer sentir su presencia por la voz y el tacto). Inmediatamente me desperté; en el cuarto había un sonido curioso, análogo al de un birimbao. Al mismo tiempo sentí como un hálito frío que me envolvió; mi corazón empezó á latir violentamente, y distinguí muy bien una figura inclinada sobre mí. La única luz que alumbraba el cuarto procedía de una lámpara situada fuera de ella, y formaba una larga raya luminosa en la pared, por encima del tocador; la figura obscurecía de manera muy perceptible esta raya. Volvíme rápidamente, y la mano pareció caer entonces de mi cabeza en la almohada. La figura se inclinaba sobre mí, apoyándose contra uno de los lados de la cama. Yo distinguía el brazo descansando sobre la almohada, y las facciones del rostro, aunque envueltas en una especie de neblina. Entonces eran próximamente las doce y media. La figura había separado un tanto las cortinas, pero esta mañana las encontré cerradas como de costumbre. No abrigo duda de que la figura era la de Godfrey, que conocí en la forma de los hombros y del rostro. Durante todo el tiempo, que permaneció allí, pasaba á través de todo el cuarto una corriente de aire frío, como si hubiesen estado abiertas las dos ventanas. »

Todos estos son *hechos*.

Sería temerario querer explicarlos en el estado actual de nuestros conocimientos. Nuestra psicolo-